

/"El Nervión". Suplemento literario. Bilbao, 6 junio  
1892/

Los mendrugos y el pucherito de limosna que  
Justina arrancaba a la piedad pública, los comían  
sus padres mascando con ellos el aire nauseabundo



1-51 EL DIOS PAVOR

Del coracho en que vivían. La cama estaba siempre  
~~limpia~~ y sucia, el hogar siempre apagado y sobre él  
la botella de aguardiente.

Madre é hija se dormían abrazadas de brazos  
y piernas para darse calor. Cuando les despertaba  
del frío el quejido de la puerta al sentir la  
patada del hombre, iba la mujer á abrirle. Entraba  
aquel, y se acostaba al lado de su mujer y su hija,  
que recibían en el rostro aliento de vino.

Justina se perdía por las calles, pidiendo por amor  
de Dios. Su fantasía, libre de la carne por la ane-  
mia, volaba bajo la capa azul con que el sol hace te-  
cho á la calle, tras de los angelitos de que le hablan  
los hijos del arroyo.

En casa se distraía á menudo mirando el polvo  
que jugaba en el rayo del sol, hasta que su padre le  
volvía al mundo de un puñetazo.

Un día se le cayó el pucherito y anduvo errante  
antes de volver á casa. Cuando entró en ella, y su  
padre, que estaba acostado con fiebre, vió lo que  
pasaba, le dijo:—¡Ven acá, perra, perdida!, y le  
golpeó la cabeza contra el suelo, mientras la mujer  
temblaba. Desde entonces apretaba Justina el puche-  
rito contra su corazón.

Otro día, al entrar, encontró á su madre sentada  
en el suelo, junto al hombre, mirándole con ojos se-  
cos y muy grandes. La cara del padre estaba blanca.  
Había muerto en el todo movimiento, pero sus ojos  
seguián á su hija. Aquella noche hizo temblar á Jus-  
tina bajo el guñapo el frío del cuerpo del hombre,  
frío como una culebra y con olor á vino.

A unos señores que entraron al siguiente día, el  
aire podrido les sacó lágrimas y se enjugaron los  
ojos con pañuelos que oían á flores, se taparon el  
aliento, les dijeron muchas cosas, muchas cosas que  
hacían llorar á su madre, y les dieron dinero blanco.  
Después que llevaron al muerto estaba sola Jus-



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



1-51



tina, resintiendo el frío del cuerpo del hombre, cuando entró su madre que volvía de la calle, y le dijo:

—Vas á ir á servir á tu tío, ¿sé buena!

La metieron en casa de su tío. Como éste trabajaba casi todo el día fuera de casa, Justina vivía con la tía, que la puso de niñera de un pequeñuelo. La tía se pasaba el día gruñendo y ponderando lo caro de la vida; hallaba en todo motivo de disgusto, y daba contra la niña.

¡Cuánto recordó Justina la penuria del covacho paterno en la parsimoniosa mezquindad de su tía! Por su poco apetito, solía dejar algunos platos.

—¿Por qué lo dejas?—le gritaba su tía.—Mientras no comas eso, no comes otra cosa... Lo que quiteres son postres, golosinas... ¡habráse visto la chiquilla! ¡Cualquiera diría que te han criado con colinetas y huevo mol! ¡Qué comías en tu casa? ¡Hambre porretera. ¡Vaya la chiquilla!

Justina tenía que mascullar, quieras ó no, las sobras del puchero.

—Tu padre era un borracho que murió de una perra... ¿y tu madre? Más vale callar. Si no fuera por mí, andarias todavía por la calle pidiendo limosna, dormirías en el pilón de la plaza cuando hiela, y comerías mondaduras de la basura...

La hacía servir la mesa, traer y llevar los platos. Un día, porque se le cayeron y se hicieron añicos, la hartó de insultos y la dió de cachetes hasta que la vió sangrar por los dientes.

—Para que otra vez tengas cuidado, ¡condenada! Me cuestas más de lo que vales.

Daba rabia á la tía que el inútil de su marido mostrara alguna afección pasiva á la sobrinilla y saliera á las veces en su defensa, diciendo:

—Déjala, no haces más que aturdirla y marearla, ¡ta vas á volver loca.

—Sí, ayúdale, hago todo lo que puedo para educarla, y vienes tú y lo echas todo á perder.

Cuando se iba el pobre hombre, descargaba sobre la inocente toda su sorda irritación contra aquel, que no hacía más que trabajar y dormir.

Los días en que Justina gustaba algún placer era cuando salían de paseo y pisaban sobre yerba. Succedia esto algunos domingos. La tía le sacaba un traje nuevo, y se lo vestía; se vestía ella misma, dejando el grasiento pingo casero, con un vestido sin arrugas y unas botas que cantaban, ponía al niño los trapitos de cristianar y los tres salían á la calle. El niño palmoteaba al ver árboles, pedía los pájaros y se volvía dormido de empacho de aire libre y rendi-



1.5.2/30



1-51



que por la procesion de la naturaleza.

Justina resucitaba al verse bajo el techo de la calle, la capa azul del sol, abría sus narices y sus ojos para beber aire y luz, le entraban ganas de rodar sobre el césped y refrescar sus mejillas contra la yerba fresca. Volvia á casa con ahorro de vida, y se acostaba para dormir el sueño bueno. La tia tornaba sonriendo á la blandura de la cama de aquella noche, y en cuanto entraban, se dejaba caer en una silla suspirando.

Eran tambien dias plácidos aquellos en que el tio llevaba el jornal á su mujer. Esta se dulcificaba al decir á la chica:

—Tode lo hago por tu bien, para hacerte mujer, pero vosotras no sabeis agradecer... te viene de casta. Cánsese usted. ¡Para el pago que le han de dar! Si volvieras al camarote del borracho de tu padre ¿cómo suspirarias por mí!

La caritativa mujer sólo veia desagrado en su protegida, porque lo deseaba para que junto á la negrura de la ingratitud su caridad gris resaltara como la nieve. Merced al beneficio gratuito podia desahogar su humor contra la pobre niña, verter sobre ella la desdenosa hiel que le producía la inopia de su marido, y podia hablar con las comadres de lo menguado del corazon.

El primito era el único pan que apacentaba al espíritu de la niña.

—¡Marmota! Le dejas al chico y en vez de hacerlo jugar juegas tú con él... así ¿cómo te ha de querer?

Así le quería. Cuando las dos almas niñas se miraban por las ventanas serenas de los ojos, sonreian al verse y reian como locas, la una porque veia la otra y las dos porque se sentian una.

—Pégale, hijo mio, pégale... ¡Eh, mala!—decía la madre mientras el niño pegaba á Justina en la boca que reia.

El miedo á las palizas aumentó la debilidad de Justina, que rompía platos con sobrada frecuencia. El terror le arrancaba un:

—Yo no he sido... ha sido sin querer!

—¿Que no has sido y te lo he visto? ¡si mientes con un descaró...! ¿con que no has sido? Ya te daré yo por mentirosa...

La mentira del miedo se le hizo conatural.

—Yo no he sido... ha sido sin querer!

—¿Sin querer? El infierno está empedrado de buenas intenciones.



4.5.2/30



La niña no entendía esta blasfemia triste pero prefería ser golpeada sin riña, á que la caritativa tía le riera sin pegarle, porque sus palabras, al razonar á su modo las palizas, eran vinagre con sal vertido á las heridas abiertas en el alma de la niña. El dolor del cuerpo lo soportaba como se soporta una enfermedad crónica.

Tenia un día al primito en brazos y estaba mi-

rando cómo jugaban unas palomas en el tejado frontero, cuando oyó un grito:

—¡Sí, déjale caer!

El estallido de la voz temida le sobrecogió como un disparo al oído, alargó los brazos para coger al niño, y quedó fría con el alma muerta en los ojos petrificados.

En el vapor de la sangre que vomitaba se le fué la vida al niño.

Oyó Justina chillidos sin lágrimas como de un alma desgarrada á tiras, ayes agudísimos que iban á hacer acerico de su corazoncito. Y luego:

—¡Quitadme esa chiquilla de delante que sino la mató!

—¿Qué has hecho, condenada?—le dijo su madre al recogerla.

La muerte pesaba sobre el alma de Justina. Pasó días de mucho oscuro y frío en el alma, días en que sentía el frío del cuerpo del borracho con el vaho de la humeante sangre del niño. Muy á menudo el corazón le quitaba el sentido.

Entró de criada, pero como rompía muchos cacharros, tuvo que cambiar muchas casas.

Un día en la calle unos ojos francos se fijaron en sus ojos muertos, volvió á encontrarlos, se dejó acompañar más tarde del cortejo, y resolvieron casarse. El día de su liberación llegaba.

Se casó. El buen marido le entregaba los ahorros; reía cuando se rompía un plato, porque conocía la vida de su mujer.

Quedó en cinta y fué atroz el embarazo. Su cabeza se llenaba de fantasmas y de sobresaltos su corazón, le subía á aquella el ardor de la sangre derramada y le penetraba en este el frío del cuerpo del borracho.

1-51



1.5 2/30





1-51  
Dió á luz. Temblaba al coger en brazos las carne-  
cillas flácidas del hijo de sus entrañas, al amaman-  
tarlo, y creía oír mezcladas en una voz el «Sí, déja-  
le caer» de su tía y el «¿qué has hecho, condenada?»  
de su madre.

Un día hizo trizas un cazo y el marido, displicen-  
te á causa de una jaqueca, exclamó:

—¡Ni para platos ganamos!

Aquella noche, al ir á acostarlo, se le cayó el hijo  
y rodó por el suelo.

—¡Yo no he sido... ha sido sin querer!—gritó sin  
conciencia y con los ojos fijos en el niño que, ileso,  
le sonreía.

El corazón le quitó el sentido.

Desde entonces lloró mucho el pobre obrero al  
verse solo con aquella sombra que parecía la muerte  
que habitara su casa, y desde entonces los ojos de  
Justina miraron inmóviles el vacío, mientras que  
sus labios solo se abrían para decir, presa de Pavor,  
á la sonrisa de su hijo.

—¡Yo no he sido... ha sido sin querer!

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, mayo 1892.

